

Diario y aventura de Nootka

John R. Jewitt

Edición de Leoncio Carretero, Historia 16, Madrid, 1990

Obra archileída en Inglaterra en el siglo XIX, aparece ahora entre nosotros como una rara joya. Este volumen comprende en realidad dos libros, *Diario escrito en el canal de Nootka* y *Las aventuras de John Jewitt*. John Rodger Jewitt nació en un pequeño pueblo del este de Inglaterra, en una familia humilde, en 1783 y murió, como vendedor de libros ambulantes, en el este de los Estados Unidos de Norteamérica, en 1821, cuando contaba con treinta y siete años. Hombre aventurero, se embarcó a buscar mejor vida en América. Su verdadero viaje se inicia cuando se enrola en el *Boston* que debía atravesar el Atlántico, doblar en cabo de Hornos, recorrer todo el Pacífico hacia el norte, atravesarlo hacia el oeste hasta las costas de China, volverlo a cruzar hacia el sureste para doblar de nuevo el Cabo de Hornos y atravesar otra vez el Atlántico rumbo norte hasta llegar a Boston, su puerto de destino en Estados Unidos. A pesar de que ésta era una ruta habitual, en este caso el azar hizo que este viaje, iniciado el 3 de septiembre de 1802, no concluyera hasta el verano de 1807. Después de ver destruido su barco y eliminados sus compañeros por una tribu de indios, Jewitt tuvo que abrirse paso a una nueva vida convirtiéndose en esclavo del jefe indio. Una vez liberado publica las notas de su diario, de escaso talento, pero con ayuda de un experto escribe sus *Aventuras* que se convirtieron en un *best-seller* de la época. Jewitt dedicó el resto de su corta vida a vender sus libros y a representar sus aventuras.

Luis Cernuda ante la crítica mexicana: una antología

James Valender (compilador)

Fondo de Cultura Económica, México, 1990.

El profesor e hispanista James Valender ha reunido en este volumen lo más granado y significativo de la crítica mexicana en torno a Cernuda, desde un artículo de 1940, de José Luis Martínez, hasta un ensayo de 1988, de Manuel Ulacia. Este libro nos ayuda no sólo a comprender mejor la poesía y el mundo del gran poeta sevillano sino también un episodio de las relaciones litera-

rias entre España y México. Valender en su equilibrado prólogo nos sitúa el perfil de Cernuda entre los mexicanos, sus peculiaridades no lejos de la extravagancia o la rareza, y la necesidad que tenía el mismo personaje de salir del esquema de su personalidad. Además de esto explica las razones de lo tardío de las críticas mexicanas y el tipo de influencia que ejerció en los poetas mexicanos.

En 1941, se publica en la editorial *Séneca* la segunda edición corregida y ampliada de *La realidad y el deseo*. La primera edición no había suscitado ninguna reacción de la crítica mexicana. No fue falta de información, porque, como muestra Valender, los escritores mexicanos estaban al tanto de lo que se publicaba en España, sino una cuestión de preferencias. A partir, sin embargo, de esta edición, se iniciaron las críticas, no siempre comprensivas, de su poesía. Habría que esperar hasta su muerte y al ensayo de Octavio Paz, *La palabra edificante* (1964) para comenzar a leer a Cernuda desde una actitud más profunda, lejos de los esquemas simplificadores de frialdad e intimismo que se le atribuían. El resto lo encuentra el lector en ese abanico de críticas que Valender ha reunido siguiendo su ya notable tarea de investigador.

La segunda CelestinaSor Juana Inés de la Cruz y Agustín de Salazar y Torres
Editorial Vuelta, México, 1990

En la introducción al volumen VI de las *Obras completas* de Sor Juana (FCE), Alberto G. Salceda señalaba un diálogo perteneciente a *Los empeños de una casa*, en el cual, con ironía, Sor Juana se refiere a una *Celestina* «mestiza y acabada a retazos». Esta obra aquí insinuada se estrenó en México «para los años de la Reina nuestra señora, año de 1676». Ramón de Mesonero Romanos, en la compilación *Dramáticos posteriores a Lope de Vega*, escribe refiriéndose a esta obra: «Esta comedia, compuesta al cumplimiento de años de la reina doña Mariana de Austria, es más conocida por el título de *La segunda Celestina*, y no fue publicada por éste ni concluida por su autor don Agustín de Salazar y Torres. En las obras líricas y cómicas de éste que dio a luz en 1694 su amigo don Juan de Vera Tassis y Villarroel insertó esta comedia», acabada por él mismo. Salceda deduce

que «esta conclusión de Sor Juana puede ser la que Mesonero cita como de autor anónimo, o puede ser otra de cuya publicación hasta ahora no hemos tenido noticias, o quizá, y desventuradamente, quedó sin ser publicada nunca. Pero esto nos da una pista para buscarla, y puede esperarse que alguien más afortunado dé con ella algún día». En una reciente edición crítica de *Los empeños de una casa* (Barcelona, 1989), Celsa Carmen García Valdés se refiere también a esta obra concluida por Sor Juana «que hoy se da por perdida». Pues bien, ya se ha encontrado, y el autor afortunado del encuentro es el dramaturgo e investigador mexicano Guillermo Schmidhuber. Octavio Paz, en la presentación del libro señala: «Es indudable que fue el marqués de Mancera al que se le ocurrió enviar la comedia a Sor Juana para que la terminase», aquí y allá, en la totalidad de la obra.

Agustín de Salazar y Torres (1642-1675), destacado dramaturgo postcalderoniano, nació en Almazán, Soria, y pasó a la Nueva España cuando a penas tenía cinco años, en compañía de su tío el futuro virrey Marcos de Torres y Rueda. Allí estudió humanidades en el Colegio de San Ildefonso y en la Universidad de México, regresando a España en 1660, donde murió quince años más tarde dejando inacabada esta obra que mencionamos. En la segunda parte de la edición póstuma de sus obras (1694) aparece esta *Celestina* terminada por Juan de Vera Tassis y Villarroel, su compilador, que es la que se ha continuado imprimiendo hasta ahora.

Guillermo Schmidhuber nos da algunos datos en la introducción a este volumen que aclaran la otra versión, anterior, hecha en México. «La edición encontrada por mí (...) se titula: *La gran comedia de la Segunda Celestina. Fiesta para los años de la Reyna nuestra señora, año de 1676, de Don Agustín de Salazar*. Este cuarto suelto se encuentra en la biblioteca de la Universidad de Pennsylvania (fecha de adquisición: 1954). Forma parte de la colección de veinticuatro volúmenes de *Comedias varias* que contiene *sueltas* de principios del siglo XVIII y que perteneció a los condes de Barrach (Viena) y, anteriormente, a la *Biblioteca Viennensis de los Austrias* (...). Además, he logrado localizar en la Biblioteca Nacional de Madrid otros dos cuartos sueltos con el mismo texto de la *Segunda Celestina* de 1676.»

Hallazgo, pues, de gran importancia con el que concluyen las aventuras de esta obra-guadiana, y que nos

permite conocer un trabajo de juventud de la gran poetisa mexicana.

Adiós, poeta...

Jorge Edwards

Editorial Tusquets, Barcelona, 1990

Diplomático, narrador y memorialista (recuérdese su polémico *Persona non grata*) Jorge Edwards utiliza a Pablo Neruda como eje sobre el que gira la totalidad de estas memorias. Incluso los demás políticos y escritores (*dramatis personae*) están puestos en relación con el poeta chileno. Es, por un lado, un ajuste de cuentas con las veleidades políticas propias y, por otro lado, un libro lleno de matices sobre el comportamiento político de Neruda, un comportamiento no lejos del cinismo, la hipocresía y falta de valor para aceptar las realidades que cada día se le colaban entre los barrotes de la ideología. Pero Edwards, amigo del gran poeta chileno, mantiene todo el tiempo una actitud diplomática, educada, una manera de mantenerse a una cierta distancia que le permite no simplificar al personaje. No lo merece; como tampoco merece el papanatismo de atribuirle la vanguardia moral que se le ha atribuido. (De paso: ¿quién va a escribir un libro así sobre Rafael Alberti?).

El libro de Edwards, escrito con un estilo ligero, está lleno de anécdotas y reflexiones, y contiene, como todo libro de memorias que se estime, un índice onomástico.

Amirbar

Alvaro Mutis

Editorial Siruela, Madrid, 1990

Esta última novela de Mutis en una nueva aventura de su ya legendario personaje Maqroll el Gaviero. Maqroll pasa del mar a la mina, aunque siempre con recuerdos de las aventuras de su vida marinera. Amirbar es una mina abandonada: su nombre corresponde al curioso sonido que hace el viento en sus grutas. Soledad, nostalgia, entereza y, aún, atracción por los secretos de este mundo, en este caso por las profundidades de la mina. Como en las otras obras (*Los elementos del desastre*, 1953, *La nieve del Almirante*, *Ilona llega con la lluvia* y *Un*

bel morir). *Amirbar* reúne un mundo mantenido por la narración, como el contar fuera el elemento capaz de dar el ser a la realidad más diversa. Mutis utiliza, con maestría, los mitos del aventurero (su dureza, la memoria inacabable de sus aventuras, la imantación narrativa de su vida, etc.) y consigue otra de sus notables novelas: uno de los universos, en el decir del poeta argentino Enrique Molina, más sugestivo de la narrativa en lengua española.

J.M.

Los libros en Europa

Hermann Broch. Una biografía

Paul M. Lützel

Traducción de Jacobo Muñoz, Debates, Institución Alfonso el Magnánimo, Valencia, 1989, 331 páginas

La vida de Broch es casi tan incasillable como sus textos, así de «insegura», densa, excesiva y carente, todo por junto. Austríaco del imperio, burgués, culto, judío converso, de infancia normal y dramática (el padre, homosexual, se mantiene alejado de una familia donde la madre opta por el hermano y rechaza a Hermann, el

cual huye, tardíamente, hacia el mundo de las letras), en las orillas del psicoanálisis y desterrado de antemano por su identidad idealmente marginal, acabará sus días en el exilio norteamericano. De 1886 a 1951 discute una vida que se ve traumada, con la llegada de la madurez y el balance de la cuarentena, cuando se inhumana el burgués industrial, próspero, casado y con un hijo, aficionadillo a las matemáticas y la filosofía, y aparece el escritor, empobrecido, solitario, enredado en uniones informales, finalmente: alojado en la extrañeza dorada de los Estados Unidos.

En 1938, una breve estada en la cárcel y el inmediato exilio, cercan el retrato del perseguido sin lugar propio, según el modelo hermético (Hermes como paradigma, por mejor decir): no atarse a ningún sitio y estar siempre en camino. Hermes, por fin, es también el dios del sueño, de lo oculto y de la dura belleza viril.

A partir de estos episodios y de su conversión filosófica (de la filosofía de la vida al neokantismo, la vacilación orteguiana, en definitiva), Broch se dedica, con rigor estoico y de secreta religiosidad laica, a cultivar una faena de escritor secreto, trágicamente vocado a revelar a los hombres sus más íntimas realidades y a permanecer, al tiempo, ignorado por los hombres como conjunto social.

El conflicto, definitorio y radical, entre el arte y la sociedad, proclamado ya por los decadentes y simbolistas franceses, enfrenta tempranamente a Broch con el medio cultural vienés, inclinado al espectáculo, a partir de su aire personalísimo, que alguien definió como «de monje ingenioso». Vacilará entre dos modelos opuestos y admirados: James Joyce (el artista asocial que llega a la locura) y Thomas Mann (el escritor seguro de la eficacia de su discurso hasta el dogmatismo). Para Broch, la vía tercera es el arte como conocimiento a través de la forma, lo cual obliga al artista a buscar constantemente nuevas formalizaciones y, por lo mismo, a desconcertar y alejar al público. Lo opuesto es la radicalidad del mal introducida en el espacio del arte: el *Kitsch*.

Llevada al extremo, esta eticidad asocial pero humanista del arte conduce a la abstención y el silencio: después de la guerra mundial, todo lo estético es inmoral y Broch así habrá de proclamarlo, con un carácter cercano al aforismo de Adorno: «Después de Auschwitz, la poesía es imposible». Pero en Broch el conflicto vuelve